

EL PUEBLO

SEMANARIO DEMOCRÁTICO

ÓRGANO DEL PARTIDO DE UNIÓN REPUBLICANA DE TORTOSA

Precios de suscripción
AÑO I En Tortosa, al mes. 0'50 ptas.
Fuera, trimestre 1'50 id.

Sábado 22 de Junio de 1901

Puntos de suscripción
En la Administración, calle de la Sangre N.º 21
n.º 40, prin.—Anuncios precio convencional.

LAS PETACAS DEL REY

Hermoso porvenir el de España gobernada por la monarquía.

La regente del reino, ayudada por los políticos que monopolizan el poder, por los carlistas arrepentidos que entran en palacio y por los obispos y jesuitas que forman el arco más fuerte de la situación, preparan al hijo de Alfonso XII para ocupar en plazo breve el supremo poder.

El emperador de Alemania, primer soberano de Europa y jefe de una de las naciones más fuertes, pensando que algún día le sucederá su hijo en el trono, le envía á la Universidad de Bonn para que aprenda las ciencias, y viviendo entre estudiantes y profesores, sea con el tiempo un jefe de Estado culto, conocedor de todos los adelantos humanos.

Pero estas costumbres son en España dignas de desprecio. Resulta aquí un absurdo que el soberano estudie y se eduque como cualquier español; los monárquicos se indignarían al verle convertido en un estudiante como los demás, y el rey permanece en palacio, aprendiendo bajo la dirección de curas carlistas como el P. Montaña, ó de profesores elegidos por los jesuitas, sin otros méritos que el de figuras decorativas de cuantas manifestaciones reaccionarias se celebran en Madrid.

El resultado de esta educación se vió claramente el domingo.

El rey de España, D. Alfonso XIII ignora donde está en Madrid la Universidad Central. Si le preguntan por Cajal, por Echegaray, por Galdós, de seguro que no sabe si son españoles ó franceses, pues es indudable que en su vida habrá oído tan heréticos nombres. No ha ido al teatro Real más que un domingo por la tarde para oír música; no conoce los dramas que han hecho famosa en el mundo la literatura española; tengo la certeza de que á estas horas no conoce por completo la gran joya literaria del país que va á regir, el *Quijote*, que le habrán ocultado por contener palabras licenciosas; pero á cambio de esta ignorancia, para demostrar á los que no creemos en la monarquía lo mucho que ésta se preocupa de la cultura y la regeneración de España, la joven magestad fué conducida el domingo á los toros y regaló cuatro preciosas petacas á los matadores.

Vosotros, catedráticos que vivis como mendigos de levita con tres mil pesetas anuales después de una vida de estudios; maestros de escuela que no cobrais; sábios que no merecéis otro premio por vuestro trabajo que una condecoración *con gastos*; escritores que ganais menos que un guarda de consumos; hombres intelectuales que os entregais á

la miseria por amor al estudio cuando podríais gozar de la abundancia con solo mentir, fingiendo respeto á lo existente, ¡consolaos en vuestra triste situación! Se acerca el momento de regenerarnos como pueblo culto, y el jefe del Estado dá la señal, haciendo regalos y aplaudiendo á los grandes génios con coleta y calzón corto que nos consuelan de la pérdida de las colonias y endulzan los futuros desastres de la monarquía con pases de muleta y un par de banderillas bien colocadas.

Hacen mal los que se extrañan de lo ocurrido el domingo, ¿Es que vivimos acaso constituidos en República?... Somos los súbditos de la muy católica monarquía española; nos rigen los Borbones y cada rey debe proceder con arreglo á las tradiciones de familia y á los hábitos de su sangre.

Este joven entusiasta que reparte petacas á los toreros, es biznieto de Fernando VII, que cerraba universidades y abría escuelas de tauromaquia; es el nieto de Isabel II, que demostraba su españolismo con la mantilla blanca y la imitación de los gestos y palabras de las chulas de los barrios bajos; es el hijo de aquel otro joven rey que gustaba del cante flamenco por encima de todos los géneros de música.

¡Toros por la tarde, rosario al anochecer y misa del alba, cuando se vá á casa de vuelta de la juerga! He aquí un programa de gobierno, monárquico, español y castizo. Y como complemento, gritar cual el claustro de la Universidad de Cervera en tiempos del absolutismo: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de pensar».

¿Que una gran parte de la nación protesta ante tales absurdos? Pues que proteste de la monarquía; que la derrumbe, porque esta forma de gobierno, entregando el poder á mujeres y niños, solo puede ofrecer espectáculos como los presentes.

Un rey educado por el P. Montaña, unicamente puede admirar en el pasado á Torquemada, á Arbués y á Felipe II. En el presente solo puede ver grandes españoles en los que, vestidos de seda y al son de la música deguelan un toro, operación que habitualmente realizan los carniceros en el matadero, sin creerse por esto grandes hombres.

La nación, después de perder la mitad de su territorio por culpa de la monarquía, todavía la aguanta y sostiene. Ha perdido la memoria y sufre la consecuencia de sus olvidos.

¡Toros y rosarios, como medidas de gobierno!

¡Y aun se verán cosas mas estupendas si esto dura.

Blasco Ibáñez.

DE ENHORABUENA

Lo estamos nosotros, amados compañeros, re-

publicanos de Tortosa; el contento rebosa y la alegría se refleja en nuestros corazones y brota en nuestros labios, pues se nos acercan días de satisfacción, de gloria y regocijo.

Parece ser un hecho la pronta instalación de nuestro concurrido Centro en el nuevo local, sitio espacioso y ameno en donde podremos estar con toda expansión y recreo por derecho propio, donde nos reuniremos diariamente la mayoría, la experta Junta municipal de nuestro Censo, mezclada con la tan apasionada Juventud republicana del mismo, conferenciando entrambas, recitando y escuchando discursos sobre nuestra madre causa, y haciendo política exclusivamente democrática por los cuatro ámbitos.

¡Que más satisfactorio para nosotros, que el vernos allí unidos en apretado y fraternal abrazo, viejos y jóvenes, idealistas todos por el dictado de la conciencia, de las libertades pátrias! ¡Qué más glorioso y conmovedor para cada uno de nosotros, que el símbolo sagrado de la propaganda, con la frente alta y la cabeza ergida, en beneficio de los derechos de nuestros conciudadanos, del pueblo que es nuestro padre, y en bien de la loable tranquilidad de nuestro espíritu!

Debemos conducir hacia nuestro Círculo, á todos aquellos de nuestros compatriotas y conciudadanos que se muestren retraídos ó ignoradizos de que éste existe, ricos ó pobres, desheredados de la fortuna y acomodados, pues al fin y al cabo, todos tienen su propia opinión é ideal, por lo que no hemos de hacer nosotros distinción de clases ni categorías.

En cuanto á nuestro periódico, el semanario EL PUEBLO de Tortosa, pronto sufrirá importantes y radicales mejoras, en lo material y en lo literario, pues rotas por fin las opresoras cadenas que nos esclavizaban desde algún tiempo á esta parte, debilo ello á ciertas miserias humanas, en el espinoso camino de la vida tan frecuentes, parece empieza ya á enseñar los dientes, aunque lllore, patalee el *negro salvaje*, y se muerda los puños de ira y coraje.

Somos cumplidores escrupulosos de la Ley, en ella nos hemos amparado siempre, y estamos dispuestos á censurar á sus contraventores, así como realzar con nuestro aplauso al que se haga digno de él, y al que con justicia obre.

Compañeros: puede decirse que ahora empezamos. No hemos de cejar en nuestra campaña desenmascarada sin faltar á la moral ni á las buenas formas, pero sí aplastando con todo el peso de la verdad y la razón, á todo aquel que, convertido en implacable y funesto enemigo nuestro, se nos quiera imponer y censurar nuestros razonables actos.

Somos la mayor parte gente obrera, gente noble, la que doblaga el hierro y los metales con sus manos, la que pedimos el bien de nuestros semejantes á voz en grito, y por lo tanto aspiramos á

que desaparezca todo lo más pronto posible esta oscuridad que nos rodea y aniquila, y una vez en el siglo de las luces y de la electricidad, que resplandezca y nos ilumine el salútfero foco de luz del faro de la libertad, de la ciencia y del progreso.

Como hemos dicho anteriormente, somos seres que rompemos el hierro con las manos, por lo que no somos endebles, sino fuertes, y estamos acorazados con la panoplia del bien humano al prógimo, y esto nos enorgullece, y nos basta y sobra, para hacer caso omiso y no temer las irritaciones de cuatro *escarabajos* inofensivos que, al inmiscuirse en nuestros hechos, aún enaltecen sin quererlo y dán más valor á los mismos en vez de ridiculizarlos.

¡Ahora, ahora es cuando nos vamos á reir!

¡Y qué de malhumor ván á pasar algunos!

Vamos á reir, si, á carcajadas burlescas, aunque nuestro propósito es obrar con formalidad y en oprobio del delincuente.

La serpiente feroz se ensaña con el hombre, en cuanto le encuentra solo, pero viendo á un ejército de éstos, aunque nada más sean dos, se esconde en su madriguera, se acurruca en su fondo temblorosa, vacilante, reducida toda su fiereza á la más ridícula cobardía; y de allí no sale, hasta estar segura de no hallar obstáculo alguno que se lo impida.

Esto hacen algunos; no teniendo valor para resistir la fuerza del derecho, y como están completamente convencidos de la mortal odiosidad de que son objeto, con su furtivo instinto, si luchan, lo hacen á traición, cavando como los grillos (*cadells*) por debajo la tierra, con su pureza inmaculada y santa intención, pero nunca á cara cara, y no se defienden ni con prácticas ni con palabras, como lo hacen los hombres de bien, leales y honrados.

Pueden vociferar ahora, pueden mostrarse envalentonados, creerse reyezuelos, obrar á su antojo, que el día en que el pueblo abra por completo los ojos, y despierte por la necesidad perentoria, de su duradero letargo, se convencerá paulatinamente de cuáles son las verdaderas *sanguijuelas* que le chupan y se hartan con su sangre hasta dejarle anémico, y así y todo, enfermo, desvalido y en demasía enfurecido, aquel día será la gorda, la decisiva.

Republicanos tortosinos: firmes al pié del cañón cual veteranos los unos, y noveles artilleros los otros, esperando la señal de disparo que ha de ser muy pronto, y en cuando se oiga el toque de fuego, disparar uno á uno, á fin de que no se malgasten proyectiles, pues cada uno de ellos, representa una aspiración de las que nos dictan nuestros no atrofiados corazones, idealistas en grado máximo en favor de nuestra simpática causa, llenos del entusiasmo febril que corre por nuestras venas cual la roja y juvenil sangre, en contra de ese yugo y desleal enemigo, que nos envilece y deshonra.

¡Adelante, siempre adelante, demócratas tortosinos, correligionarios nuestros!

Revercer.

LA FALTA DE PAN

Son muchas las causas que han influido para que el pueblo español, se encuentre en el estado

de excitación en que se halla.

Las continuas revueltas políticas, y la cuestión clerical, han sido sin duda alguna, cuestiones estas que han impulsado al pueblo á ese estado nervioso en que se encuentra, á esa inquietud que por todas partes se nota.

Pero la más importante, la que encierra más gravedad, es la terrible lucha por la vida, en que la falta de trabajo trae aparejada el hambre y la miseria. Estas son las causas que á nuestro juicio tienen la culpa del malestar y de la agitación que se ha apoderado de España. Esto, unido á la torpe tiranía ejercida por los de arriba, dará una idea de la triste situación en que se encuentra el proletariado.

Los obreros de la Coruña, Sevilla, Córdoba y otras poblaciones andaluzas, han sido los primeros que han protestado contra sus opresores.

¡Triste suerte la de nuestro pueblo! Ha vivido largos años postergado y abatido, y ahora cuando apenas levanta su voz, para sacudir el vergonzoso yugo que le oprime, le apalean y le fusilan en medio de la calle.

Mal, muy mal señores gobernantes, ¿este es el respeto que os merece el pueblo cuando así le tratais? Es que estais ciegos, que no veis, que cuando el pobre no tiene pan, lo á de exigir, porque á él se lo piden, se lo exigen, su esposa y sus hijos.

En cambio, vosotros, como no os hace falta nada, como teneis el estómago repleto, no concebís, no podeis tolerar, que vayan los obreros en manifestación por esas calles, pidiendo lo que es justo se les dé; pan para su familia. Lo que direis vosotros: ¿á que vienen esos gritos destemplados pidiendo trabajo? Fuera; que no promuevan escándalo, que nos dejen tranquilos, de lo contrario, si persisten, les mandaremos unas cuantas parejas de la guardia civil, y entonces por la fuerza tendrán que acallar las voces del estómago.

Este es vuestro sistema de gobernar, piden los obreros pan, y vosotros les dais plomo.

¡Valiente azaña la de asesinar al pueblo!

La verdad es, que esto no puede quedar así; urge tomar medidas, para que al obrero no le toque pagar en estas contiendas los vidrios rotos.

El problema social, ha de ser una de las primeras cosas que se ha de debatir en las actuales Cortes, y sin pérdida de tiempo, se ha de aplicar pronto y eficaz remedio.

Si no lo haceis, si continuais mofándoos de este pueblo tan sufrido y tolerante, no os estrañe que cualquier día, á fuerza de hambre y de verse tan humillado, se levante como un solo hombre, y haga desaparecer lo que es de razon desaparezca.

Basta ya de tanto explotar, pues téngase en cuenta que el pueblo, no puede mirar con buenos ojos, la gran diferencia que media entre las exorbitantes cantidades que se invierten en sostener ciertos lujos comparados con los cuatro ochavos, con que se paga su honrada sudor.

Vulcano.

PÁRRAFOS DEL DISCURSO DEL SEÑOR SAGASTA

«La cuestión religiosa, dijo el Sr. Sagasta, procurará el gobierno resolverla pacíficamente; para ello solo es necesario que el Estado no se inmiscuya en las cosas de la Iglesia, ni ésta tampoco en

las del Estado. (*Muy bien*).

»Algo hay que modificar, sin embargo, de lo hasta ahora establecido, y para ello crea el gobierno que Su Santidad dará las facilidades necesarias. Mientras esto suceda, el gobierno respetará las ordenes religiosas autorizadas por el Concordato y á las otras, siempre que se rijan en todos los órdenes por las leyes del Estado. (*Muy bien*).

»Los que pretenden combatir en nombre de la libertad á la Iglesia, causan mayores daños á la libertad que á la Iglesia; y los que en nombre de la Iglesia combaten la libertad no hacen más que fomentar las pasiones, los rencores y las venganzas. Ambos facatismos son fatales. (*Entusiastas y prolongados aplausos*). Hay que castigarlos como perturbadores del orden social. (*Muy bien, aplausos*).

¡Varón santísimo! ¡Y como se conoce que pesan sobre usted los años! Allí en 1868 era usted otro hombre. Pertenecía usted al primer gobierno de la revolución de Septiembre, y, sin esperar á que la Santa Sede le facilitase el camino, suprimió usted con sus colegas por un decreto de 12 Octubre la Compañía de Jesús y mandó que se cerrasen en el término de tres días todos los colegios e institutos de la orden con ocupación de temporalidades. Seis días después por otro decreto extinguió usted todos los conventos y todas las congregaciones y casas de religiosos de ambos sexos que se hubiese fundado en la Península y las islas adyacentes desde el día 23 de Julio de 1837, en que habían suprimido las cortes las que á la sazón había. En el mes de Noviembre del mismo año, consintió usted la incautación de todos los bienes, así raíces como inmuebles, que á las suprimidas comunidades hubieran pertenecido.

¡Y ahora! Ahora encuentra ese seráfico varón que no debe inmiscuirse el Estado en las cosas de la Iglesia, ni debe, por lo tanto, oponerse á que se cubra España de conventos, se fomente la holganza, se rompa los lazos que entre los deudos estableció la naturaleza, se condene á la esterilidad y se aparte del trabajo á miles de hembras y varones, se mire como virtud el supremo egoísmo, y para conseguir el cielo se pase la vida en rezos y se recurra para sostenerla á la captación de ajenos bienes.

¡Que no debe el Estado inmiscuirse exclama usted, en las cosas de la Iglesia ni la Iglesia en las del Estado! Habrá entonces, señor Sagasta, que separar esos dos poderes y berrar del presupuesto de gastos, las obligaciones eclesiásticas. Se deberá renunciar al «regium exequatur», á la presentación de obispos y arzobispos y al nombramiento de párrocos. ¿Cómo no lo hace usted ni lo pretende señor Sagasta?

Algo hay que modificar, dice nuestro sábio ministro: la Santa Sede nos dará las facilidades necesarias. Y no se ha de inmiscuir la iglesia en las cosas del Estado? Va usted perdiendo Sr. Sagasta, el buen juicio de otros tiempos. Ganado por la Iglesia y con una historia revolucionaria, ha caído usted en una red de contradicciones, de la que es ya muy difícil que ealga.

¡Pues no le ha dado á usted ahora en ver delitos donde nunca los hubo y en amenazar con castigarlos! En uno de los párrafos de su discurso amenaza usted con castigar á los regionalistas como traidores á la pátria; y aquí amenaza usted con castigar como perturbadores del orden social á los fanáticos que en nombre de la Iglesia combaten la libertad y á los que en nombre de la libertad combaten á la Iglesia. ¿Ha sido usted maestro de escuela, señor Sagasta?

EL SOCIALISMO AGRARIO

No es de hoy la rebelión de los campesinos hambrientos. No es de hoy: Andalucía fué teatro de horribles discordias durante el siglo pasado. La insurrección campesina que capitaneó Pérez del Alamo y que tuvo carácter social, el federalismo

en Andalucía, muy socialista; la Mano Negra, los sucesos de Jerez y la figura admirable del estoico Salvochea, son otras tantas pruebas de que no estamos frente a una novedad.

Pero la alarma de Silvela, emparentado con ricos burgueses andaluces, la inquietud de Moret y la zozobra de los grandes terratenientes chamuscados en el incendio de Motril, son legítimas.

La situación del obrero andaluz, es de antiguo por demás miserable. Mejor que los negros cuadros de su miseria, la pinta el grito desesperado que lanza en sus reivindicaciones. No quiero —dice— seguir siendo un animal; reclamo ser tratado como un hombre.

Esto se ha oído en Badajóz, en Bornos, en Jerez... ¡Hombres que piden ser tratados como tales en una sociedad que es cristiana, que llama hermanos a todos los nacidos de mujer! ¿Cabe nada que exprese mejor la infamia de la actual organización social?

Trabajan de sol a sol los gañanes, abrasados, consumidos, secados por el sol. Trabajan de sol a sol y no piden disminución de horas de trabajo; piden un respiro, una pausa, tiempo para comer, una media hora para echar un cigarro.

Piden también que la carga de trigo sea proporcionada a tus fuerzas.

Esto piden. Y Silvela, en vez de escandalizarse de que haya quien pida lo que parece imposible no tenga, amenaza a los huelguistas y pide leyes represivas. ¡Como si hubiera olvidado Andalucía la bárbara represión de la Mano Negra, el tute de condenados a muerte y ejecutados en Jerez!

Y Moret dice en Consejo de ministros que es grave muy grave el problema, y que hay que buscarle solución. No hay que buscarla: la solución esta encontrada. La tierra, madre común del linaje humano, la tierra, que es de todos, no puede ser de los que no la trabajan. De ser de alguien, usufructe sus productos quien la cultiva. Está encontrada la solución. Mientras el derecho de conquista perpetuado en determinadas familias subsista, mientras esa rapacidad se considere legal no habrá paz en los campos andaluces.

No hemos de pedir de estos pobres gobernantes resoluciones tan heroicas.

Mas, dentro de lo posible, cabe pedir lo que ya inició un aristócrata de gran corazón, el duque de Osuna: dar a censo redimible las tierras andaluzas, hoy en pocas manos y esas ociosas.

El problema de la tierra que alcanza en Andalucía caracteres agudos, es uno de los mejores estudiados en España. Fruto de su estudio han sido las sendas admirables obras de Jovellanos y Costa.

Pero no se resolverá el problema mientras los obreros del campo no imiten a los de las minas los talleres y las fábricas.

Empiezan a imitarlos. Sus movimientos no son ya como antes, arrebatos epilépticos, terribles, pero pasajeros. Van siendo esfuercos constantes y conscientes, y de aquí el justificado miedo de los brillantes holgazanes que viven en la corte, del producto de unas tierras que no trabajan.

No son novedades los incendios de campos, las huelgas, los motines y las terribles venganzas de los gañanes andaluces. Es nueva su persistencia en la protesta, su asociación y su constancia en el obrar. Y estas novedades que anuncian como próxima la unión del campesino y el obrero ciudadano es lo que preocupa a Moret y sorbe el seso a Silvela.

Roberto Castrovido.

EL DISCURSO DE SILVELA

Es siempre donoso oír a los ministros de la anterior hornada. Encarecen lo que hicieron y ponderan lo que habrían hecho si no hubieran caído. Ha hablado Silvela a sus gentes, y les ha repetido las ventajas que ha procurado al país pegando los cupones de la deuda del Estado y equiparando los presupuestos. Ha callado, por supuesto, que paga-

ra la renta interior con un 20 por 100 de descuento y la supresión de las amortizaciones, y nivelara los ingresos con los gastos a fuerza de recargos y tributos, sin mirar si esto perjudicaba la industria ó agravaba encareciendo los artículos de primera necesidad la ya misera condición de los trabajadores.

A renglón seguido, ha explicado lo que habría hecho. Habría dotado a la Nación de un plan de obras públicas, la habría defendido en mar y tierra hasta hacerle ocupar el rango que le corresponde entre los pueblos de Europa, y sin precipitarse, con su acostumbrada mesura, habría liquidado las deudas del Tesoro con el Banco de España, habría regularizado las condiciones de la emisión de billetes, y habría resuelto a la vez el problema monetario y el de los cambios con el extranjero. Le vino por desgracia nuestra a cortar el hilo de tan preciadas reformas el prematuro advenimiento de un Gabinete «que no se sabe, ni tal vez se sepa nunca, por que ha venido, ni a donde dirigirá sus pasos».

Atendidos sus altos pensamientos y sus más altas miras, es verdaderamente de sentir que Silvela y su partido no hayan gobernado por más tiempo; tanto más de sentir cuanto que, según nos dice fué por demás oscura y tenebrosa la causa de su caída. No lo habríamos creído nunca si él nos lo hubiese dicho.

A ver, Sr. Silvela, hagamos memoria. Cuando el portido de usted cayó, habían ocurrido hechos graves. El pueblo había protestado enérgica y tumultuariamente contra el casamiento de la princesa de Asturias con el hijo del conde de Caserta. Se hubo de celebrar la boda a las calladas, sin los festejos de costumbre; y el conde no pudo permanecer más de veinticuatro horas en esta villa y corte. Por aquellos días se representó en Madrid el drama *Electra*. A cada representación, bien lo recordará usted, hubo vivas y mueras y se obligó a la orquesta a tocar la Marsellesa y el himno de Riego. Por las calles hubo también manifestaciones y tumultos. A esto vino a agregarse la cuestión de la Sta. Uba, que trajo también su agitación y produjo calorosos aplausos para el abogado que defendió a la madre. Cundía la exaltación por provincias y soplaban aires de tempestad por toda la Península.

Tenia usted al frente del Gobierno unos hombres que, por su fanatismo ó su hipocresía, lejos de apagar el naciente fuego, lo avivaban. También usted, que creía ver circulando por Europa cierta corriente espiritual y suponía superiores a las escuelas civiles las escuelas religiosas.

¿Que quiere usted? Temió la regente y buscó su para-caídas, bien lo sabe usted, es Sagasta. Lo fué ya a la muerte de Alfonso XII, y como tal lo presentó Cánovas. Con Sagasta tiene la regente la seguridad, ó por lo menos la esperanza, de conjurar la tormenta, sin riesgo de que vayan las cosas más allá de lo que León XIII quiera.

En lo flexibles, allá se van usted y Sagasta.

Desilusiones y esperanzas

No debemos forjarnos grandes ni pequeñas esperanzas: los padres de la patria recientemente nombrados continúan la obra de destrucción nacional comenzada desde siglos.

El hombre se agarra a la esperanza, se unifica con el porvenir, como el naufrago se agarra a la tabla que flota sobre las embravecidas olas; solo la realidad, las más veces amarga, sacude la pereza y la inconciencia de su cerebro.

¿De donde nace la esperanza que alimenta espiritualmente a esta desgraciada nación? ¿Qué signos, que datos, que elementos reveladores ha podido reunir para creer en la profunda transformación social necesaria para rehabilitar a nuestro pueblo? No los vemos, ni nuestros sentidos los acusan por parte alguna. El edificio gubernamental, las instituciones sociales, realza, clerecía, ejército, burocracia se tambalean de puro carcomidas. Las esperanzas no hay que buscarlas en lo alto, y sin embargo, en estos reducidos y moféti-

cos horizontes se cree encontrarlos.

Los mansos, los pobres de espíritu, los desequilibrados de inteligencia abundan en España cual en ningún país de Europa. Los grandes crímenes colectivos, las grandes matanzas de la juventud, las enormes pérdidas territoriales nos dejan indiferentes, impassibles y el transualismo por ser horrendo no levanta más que insignificantes tempestades. Basta el hecho para condenar un pueblo a la muerte.

No debemos esperar nada del parlamento. Con pasiones mezquinas no se levanta un pueblo de su caída y las pasiones parlamentarias son insignificantes, microscópicas, sin peso para levantar al triste Lázaro.

Arden en el pueblo las pasiones; la masa obrera harta de sufrimientos, agravados por los desaciertos del Gobierno, amenaza con derrumbar todo el viejo edificio social.

Las calles de las ciudades parecen campos de batalla; el miedo contagiando a las grandes multitudes hace mover en sacudidas eléctricas todas las fuerzas; el menor hecho anómalo siembra el pavor en los corazones y la intranquilidad en las entidades. Síntomas de transformación se observan abajo. Parece llama a las puertas el día de la Apocalipsis, y sin embargo, el Parlamento nada hará y nada podrá hacer.

En las profundidades de la tierra se elaboran las tremendas tempestades geológicas, modificadoras de la tierra; y en el espíritu de las masas que sufren, pero que esperan de verdad, germina la semilla de otra sociedad, sin reyes, sin clerecía, sin ejército, sin burocracia.

De abajo, de las profundidades del suelo vendrá el rayo purificador. El ideal de una nueva sociedad está en el período germinativo, pero antes de llegar a la definitiva madurez, pasará por múltiples manifestaciones, y de entre ellas, muy próximas, a una España sin supersticiones, sin ignorancia, sin adoradores de reyes y de falsas divinidades.

Podrán unos esperar obras maravillosas del Parlamento y de los organismos llamados directores; nosotros nada esperamos. A ellos debemos el decaimiento y la bancorata nacional. Si algo esperamos es de las multitudes anónimas, del pueblo trabajador, del obrero que sufre, pues el sacudimiento de sus músculos será el despertar de la nación hacia la cultura y la grandeza.

F. LI.

JUSTICIA SOCIAL

El sol había ya alejado de la tierra y una media obscuridad daba un aspecto lúgubre a las calles de la gran ciudad.

Un hombre andrajoso, carcomido por la suciedad de unos asquerosos trapos que cubrían su cuerpo, andaba con paso lento, tentando las aceras con un palo y acompañado por un chiquillo en estado miserable como él.

En vano el niño con voz chillona y él con voz amarga, pedían un trozo de pan para acallar su hambre. En vano los dos, con palabras suplicantes, rogaban algunas veces y desesperadas otras, rogaban con delirio les dieran una miserable manta para resguardar del frío sus débiles cuerpos. En vano pedían que la Sociedad les amparara. En vano imploraban un consuelo a su desgracia.

El pobre ciego y el niño, su compañero, seguían andando, sin encontrar ni un consuelo.

Pidieron limosna en un rico palacio, donde los lacayos con sus soeces contestaciones despedazaron el corazón de nuestros dos mártires sociales.

Pasaron por delante de una taberna, donde solo se oían los ronquidos de los borrachos que dormían y la voz aguardentosa de unos bárbaros que se maltrataban, y recibieron también una burla de aquellos imbéciles.

Por último, estuvieron casi una hora, viejo y niño, en el portal de una iglesia de donde salían una multitud de damas y caballeros ricamente vestidos, sin encontrar una persona caritativa que les diera cinco céntimos para comprar un poco de pan.

Paso a paso, fueron alejándose de la ciudad y únicamente tuvieron el consuelo de encontrar a muchos pobres como ellos, a quienes la sociedad rechazaba con igual fuerza.

Todos aquellos seres infelices, arrojados al lodo por los mismos hombres, maldecían con fuerza el mundo.

Y mientras tanto, los ricos, los borrachos y las religiosas, continuaban impassibles su su camino por la vida....

Esta es la justicia de la tierra.

Jorge Tudó

EL PUEBLO

PERIODICO SEMANAL

órgano del partido de Unión Republicana de Tortosa

Redacción y Administración

Calle de la Sangre, núm. 10 principal

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Tortosa, al mes.	0'50 ptas.
Fuera, trimestre	1'50 id.

Anuncios y comunicados: á precios convencionales

Céntró Jurídico Administrativo

DIRIGIDO POR EL

SEÑOR MANAUT

ABOGADO

Horas de despacho: de 9 á 1 y de 4 á 6

CALLE DE LA SANGRE, NÚMERO 10, PRINCIPAL

TORTOSA

ZAPATERÍA DE AGAPITO SÁNCHEZ

Variado y completo surtido de calzado de todas clases. Se confecciona á medida, con ar á oreglost últimos figurines. Precios sin competencia en toda clase de calzado.

CALLE DEL ANGEL, NÚMERO 20.--TORTOSA